

## La simpatía como mecanismo de juicio moral en la ética de Adam Smith

Teresa Cordero\*

**Resumen:** Adam Smith desarrolla su teoría moral a partir de la cualidad psicológica innata de la simpatía. Consiste básicamente en lo que hoy conocemos como "empatía", es decir, la capacidad de acompañar al otro en cualquier pasión. Para este autor, la simpatía es el mecanismo a través del cual realizamos juicios morales. Con el objetivo de reflexionar sobre esta tesis, este artículo busca esclarecer el concepto de simpatía en Smith, mostrar la relación que guarda con el juicio moral y exponer cómo, en nuestra opinión, esta cualidad psicológica constituye la condición de posibilidad del surgimiento del espectador imparcial.

**Palabras clave:** Teoría de los sentimientos morales, simpatía, juicio moral, espectador imparcial

**Abstract:** Adam Smith develops his moral theory from the innate psychological quality of sympathy. It basically consists of what we know today as "empathy", that is, the ability to accompany the other in any passion. For this author, sympathy is the mechanism through which we make moral judgments. With the aim of reflecting on this thesis, this article seeks to clarify the concept of sympathy in Smith, to show its relationship with moral judgment and to expose how, in our opinion, this psychological quality constitutes the condition of possibility for the emergence of the impartial spectator.

**Keywords:** Theory of moral sentiments, sympathy, moral judgment, impartial spectator

---

\* [mtcordero@miuandes.cl](mailto:mtcordero@miuandes.cl)

Universidad de los Andes, Chile

## I. Introducción

Adam Smith (1723-1790) suele ser conocido por su libro *La riqueza de las naciones* (1776), que le otorgó el título “padre del capitalismo”. Sin embargo, es posible sostener que su principal interés no se concentró en esa obra, sino en una anterior llamada *La teoría de los sentimientos morales* (1759)<sup>1</sup>, pues trabajó en ella la mayor parte de su vida, hasta una sexta edición poco antes de su muerte.

En la *Teoría*, Smith hace un recorrido empírico sobre la naturaleza humana, donde encuentra los fundamentos de la moralidad. Así pues, la base de la acción moral está en sentimientos que son comunes a todos los hombres y no en normas externas o ideas *a priori*, como proponía el racionalismo moderno. No obstante, su teoría tampoco se enmarca en un emotivismo moral a secas, como plantearon los empiristas más reconocidos de su época, su maestro Francis Hutcheson y su amigo David Hume, sino que introduce ciertos elementos racionales que lo llevan a tomar distancia. En efecto, Smith profundiza en los conceptos de simpatía y espectador imparcial, heredados en parte de sus predecesores y desde ahí introduce, a nuestro juicio, un puente entre el empirismo de la Ilustración escocesa y el racionalismo moderno, con sus pretensiones de universalidad. Veamos, a grandes rasgos, cómo hace esta conexión.

Smith encuentra el fundamento de nuestro desarrollo moral en una cualidad psicológica innata: la simpatía (Birch 2009). Consiste básicamente en lo que hoy conocemos como “empatía”, es decir, la capacidad de acompañar al otro en cualquier pasión. Al igual que cualquier disposición natural, es una cualidad moralmente neutra y, por tanto, debe ser desarrollada y cultivada para formar positivamente la fisonomía natural de una persona.

De acuerdo con la teoría de Smith, por el deseo innato de simpatía, cuando interactuamos con los demás, tendemos imaginativamente a ponernos en su lugar y evaluar su conducta como apropiada o inapropiada frente a determinadas circunstancias. ¿Qué es lo que evaluamos? La reacción del agente en tales circunstancias. Y como para Smith toda acción proviene de los sentimientos (Smith, 1997, p. 64), lo que evaluamos, en definitiva, son sus sentimientos. ¿De qué manera lo hacemos? A través de nuestros propios sentimientos. Si al ponernos en el lugar del agente coincidimos en los sentimientos que lo movieron a reaccionar y actuar de dicho modo, entonces su acción es apropiada y simpatizamos

---

<sup>1</sup> Smith, A. (1790) *Teoría de los sentimientos morales*, Trad. Carlos Rodríguez Braun, Alianza Editorial, Madrid, 1997. Desde ahora *Teoría*. Las citas las tomaré de esta traducción, tras haberlas contrastado con el original *A Theory of Moral Sentiments*, Raphael, D.D. & Macfie, A.L. (eds.), Liberty Fund Press, Indianapolis, 1982.

con él; si no coincidimos en los afectos, no simpatizamos y, por tanto, lo reprobamos. Sin embargo, hasta aquí estamos frente a un proceso que es exclusivamente psicológico. Las evaluaciones que hacemos de los sentimientos de los demás no son todavía evaluaciones morales, porque lo apropiado o inapropiado se restringe a opiniones particulares: a mí *me parece* apropiado que una persona, frente a tales circunstancias, reaccione de tal manera y la apruebo; pero a otra persona le puede parecer inapropiado y, entonces, no la aprueba. Para llegar a una evaluación moral necesitamos distanciarnos de esta perspectiva parcial y mirar los hechos desde una tercera posición, que nos permita evaluar con imparcialidad; es decir, poniendo entre paréntesis nuestros sesgos particulares (Smith, 1997, p. 251).

En este artículo centraremos la atención en una de las principales tesis que Smith expone en su teoría moral: la simpatía como mecanismo de juicio moral. Tal vez conviene aclarar que la *Teoría* es un libro extenso y poco sistematizado. En él abundan las ejemplificaciones y cuesta identificar los pilares que la sostienen; aunque se refiere a ellos constantemente, no aparecen con total claridad. En este sentido, parece interesante ofrecer una reflexión que ayude a identificar una tesis como la que acabamos de mencionar. Para esto, abordaremos en primer lugar las características que definen el concepto de simpatía en este autor (II); luego ahondaremos en la relación que este concepto guarda con la capacidad de juicio (III) y, finalmente, veremos cómo a partir de esa relación surge la figura central de su teoría moral, a saber, el espectador imparcial (IV).

## II. Caracterización del concepto de simpatía en Smith

Smith inicia su *Teoría* con la siguiente frase: “Por más egoísta que se pueda suponer al hombre, existen evidentemente en su naturaleza algunos principios que le hacen interesarse por la suerte de otros, y hacen que la felicidad de éstos le resulte necesaria, aunque no derive de ella nada más que el placer de contemplarla” (Smith, 1997, p. 49). En efecto, cuando observamos el comportamiento humano vemos que habitualmente el hombre no es indiferente al sentir ajeno, sino que de alguna manera lo impacta, porque tiende naturalmente a identificarse con él. Así, por ejemplo, el hecho de estar frente a una persona entristecida hace surgir en nosotros sentimientos de compasión y, aunque algunas personas puedan experimentar esta situación con mayor sensibilidad, “no se haya desprovisto de él totalmente ni el mayor malhechor ni el más brutal violador de las leyes de la sociedad” (Smith, 1997, p. 49).<sup>2</sup> En este sentido, podríamos decir que nuestra naturaleza es social no sólo por estar abiertos y necesitar de los otros, sino porque además tendemos a ponernos en su lugar. Smith explica que este modo de

---

<sup>2</sup> Por eso, cuando se carece de esta capacidad o se tiene en grado mínimo, hablamos de cierta psicopatología.

proceder es evidente a nuestros ojos hasta en las situaciones más simples como, por ejemplo, cuando vemos a alguien que está a punto de golpear a otro en el brazo: tendemos inmediatamente a encoger y retirar el nuestro pues imaginamos el dolor que ese golpe produciría en nuestro brazo si estuviésemos en su lugar (Smith, 1997, p. 50).

Ahora bien, Smith reconoce rápidamente que la tristeza que experimentamos frente a la tristeza del otro no llega a ser en ningún caso la misma, porque nuestros sentidos “jamás nos informarán de la medida de su sufrimiento” (p. 50). Sin embargo, contamos con una facultad que “nos permite situarnos en su posición, concebir que padecemos los mismos tormentos, entrar por así decirlo en su cuerpo y llegar a ser en alguna medida una misma persona con él y formarnos así alguna idea de sus sensaciones, e incluso sentir algo parecido, aunque con una intensidad menor” (p. 50). Dicha facultad es la imaginación que, como se puede ver, en la *Teoría* cumple un papel cognoscitivo fundamental (Elton, 2002, p. 29): sólo a través de sus representaciones fruto de la experiencia de los propios sentimientos podemos “entrar” en los sentimientos de los demás, ¿de qué otra manera si no podríamos encontrarnos con los afectos del otro?

Así pues, se inicia en el espectador un natural proceso de identificación con el agente que culmina en una aprobación o rechazo. Si no nos identificamos con sus sentimientos los rechazamos, si solidarizamos, los aprobamos. Esta compañía en el sentimiento es lo que Smith caracteriza como “simpatía” (p. 52).<sup>3</sup> Es lo que comúnmente conocemos como empatía: ponernos en los “zapatos del otro”, aunque, como precisa Leonidas Montes, esto también implica mirar en la dirección que esos zapatos miran, es decir, asumir enteramente las circunstancias del otro (2004, p. 49).

Cada día somos parte de cientos de procesos simpatéticos que enriquecen nuestra manera de relacionarnos con los demás. A medida que adquirimos más experiencia, el proceso simpatético se complejiza. Así pues, algunas veces la simpatía surge por la “simple contemplación de una emoción determinada en otra persona [...] un rostro risueño es, para cualquiera que lo vea, un motivo de alegría” (Smith, 1997, p. 52). Es decir, sin conocer todavía las causas de ese sentimiento nos “contagiamos” y habitualmente sonreímos al ver en el otro una sonrisa. Si, por ejemplo, luego nos enteráramos de que el motivo de su alegría fue haber robado un auto, esa sonrisa, que

---

<sup>3</sup> Smith toma este concepto de Hutcheson y Hume, aunque como dijimos, profundiza en él y lo transforma en uno de los conceptos clave de su teoría. Tanto para Hutcheson (2004, p. 159) como para Hume la simpatía consiste principalmente en un contagio de emociones, un recibir “por comunicación sus inclinaciones y sentimientos” (Hume, 1896, p. 316).

espontáneamente surgió en nuestro rostro, rápidamente se desdibujaría. Esta simple comunicación de emociones es para Smith un primer nivel de simpatía pues sólo sucede algunas veces, “no es universalmente válido ni rige para todas las pasiones” (p. 52). En efecto, un contra-ejemplo de esta forma de simpatizar es la ira, pues “el furioso comportamiento de un hombre iracundo es probable que nos exaspere más en su contra que en contra de sus enemigos” (p. 52). A pesar de no contar todavía con un conocimiento de las causas que llevaron a ese hombre a reaccionar de esa manera, habitualmente tendemos a rechazarlo, no nos contagiamos espontáneamente con su ira. Esto es así porque nuestra naturaleza nos ha instruido, dice Smith, “en una mayor renuencia a compartir esta pasión y hasta que nos informemos sobre su causa nos dispone más bien a tomar partido en su contra” (1997, p. 53).

Por tanto, para Smith la simpatía no puede surgir simplemente de la observación de la pasión. Para poder simpatizar, la mayoría de las veces necesitamos ir más allá: conocer las circunstancias que provocaron tal pasión. Por eso dice que “antes de averiguar sus causas, nuestra simpatía hacia la tristeza o la alegría de otro es siempre sumamente imperfecta” (p. 53). Sólo un conocimiento de las circunstancias que hicieron surgir tales sentimientos en el otro nos permitirá identificarnos o no identificarnos con él a través de la imaginación.

De esta manera, Smith nos introduce en los fundamentos de su noción particular de simpatía: acompañamos al otro en su sentimiento luego de una evaluación que hacemos como consecuencia del conocimiento previo sobre la causa que lo originó: frente a *tal* circunstancia, evaluamos si *tal* sentimiento es el apropiado y, por tanto, simpatizamos o no. Se da aquí un encuentro imaginativo entre agente y espectador, pues una vez que el espectador conoce los motivos, responde (aprueba o reprueba los sentimientos del agente) y, a su vez, el agente reacciona intentando o no modificar su conducta para recibir el placer de la aprobación externa. Profundizaremos en la siguiente sección; por ahora quisiéramos destacar que, para Smith, la clave para poder simpatizar con el otro no está en los sentimientos actuales, es decir, en aquellos que *de hecho* tiene el agente o espectador, sino en aquellos que nosotros imaginamos que *debería* tener. Es decir, el parámetro según el cual aprobamos o rechazamos la conducta del otro es la coincidencia o no con los sentimientos que nuestra imaginación (nutrida por la experiencia) nos sugiere como apropiados.

Aquí aparece, entonces, lo que podríamos caracterizar como la antesala de la imparcialidad en Smith, es decir, los primeros indicios de esa figura que más tarde llamará “espectador imparcial”, pues

se abre la posibilidad de distanciarnos de nuestra subjetividad. Para ilustrar esta idea, nos detendremos en algunas circunstancias donde Smith pone de manifiesto cómo comienza a darse ese primer distanciamiento de los sentimientos actuales para que, de alguna manera, puedan ser evaluados.

Una primera situación consiste en “simpatizar” con los muertos. Lógicamente, una persona muerta no alberga ya sentimiento alguno, sin embargo, “pasamos por alto lo que en realidad importa en su situación, el tremendo porvenir que les aguarda, y nos afectan fundamentalmente aquellas particularidades que impresionan nuestros sentidos pero que carecen de influencia alguna sobre su felicidad” (Smith, 1997, pp. 54-55). Así, por ejemplo, cuando fallece una persona joven, imaginamos todo lo que le faltó por vivir y naturalmente nos compadecemos de ella. Es una ilusión de la imaginación (un intercambio imaginativo falaz), pues una persona muerta no manifiesta ningún tipo de sentimiento, sin embargo, puedo suponer los que tendría si pudiera de algún modo manifestarlos. No existe aquí un proceso simpatético propiamente tal, porque el muerto está muerto y, por tanto, no aprobamos a desaprobamos sus sentimientos, pero nuestra tendencia espontánea a ponernos en el lugar del otro (a proyectarnos) es tan fuerte que incluso nos lleva a “simpatizar” con ellos.

Otra ocasión a la que Smith se refiere es la posibilidad de no-simpatía. En efecto, puede ocurrir que “sentimos hacia otro ser humano una pasión de la que él mismo es completamente incapaz, porque cuando nos ponemos en su lugar esa pasión fluye en nuestro pecho merced a la imaginación, aunque no lo haga en el suyo merced a la realidad” (Smith, 1997, p. 53). Es el caso de la vergüenza que sentimos, por ejemplo, frente a la desfachatez de otra persona, aunque ella no se dé cuenta de lo incorrecta de su conducta. Al ponernos en su lugar, no podemos evitar sentir vergüenza, como si nosotros mismos fuéramos los que obramos de tal manera. Nos trasladamos a su posición, pero no logramos identificarnos imaginativamente y simpatizar con ella porque sus sentimientos no son los que imaginamos deberían ser. Por eso, se produce en nosotros una reacción de no-simpatía, porque no se logra la coincidencia en los sentimientos que nosotros imaginamos son los adecuados. Desde otro punto de vista, podríamos decir que se produce una simpatía, pero con un sentimiento que el otro no tiene y, a nuestro juicio, debiera tener. Como hemos dicho, esto nos lleva a considerar que, para Smith, el esfuerzo por simpatizar con el otro no se centra en captar qué está sintiendo el otro, sino en ponernos en sus circunstancias y ver qué sentimientos nos parece apropiado tener frente a esas circunstancias.

Una tercera situación es la simpatía condicional: consiste en saber por experiencia que una situación trágica hace surgir tal tipo de sentimientos en quien la vive y simpatizamos con esa persona, aunque en esa oportunidad no lleguemos a sentir sus mismas pasiones porque –por ejemplo– en ese momento nos preocupan otras cosas. Sin embargo, la experiencia nos ha llevado a considerar que son los sentimientos adecuados: “nuestra aprobación de su dolor se funda en la conciencia de esa identificación condicional” (Smith, 1997, p. 63). Es decir, si yo estuviera pasando por su dolor, tendría sus mismos sentimientos, aunque actualmente no los tenga y, en consecuencia, apruebo su conducta. Por eso es condicional, porque está condicionada o limitada según las circunstancias en las que nos encontramos, sin embargo, está presente y tiene el mismo valor que la simpatía de identificación actual para hacer el juicio.

Estas tres situaciones nos muestran con mayor claridad cómo a través de la imaginación el espectador puede retraerse de los hechos concretos (persona muerta, desfachatez, insensibilidad) y tomar cierta distancia para evaluarlos. Es un primer momento de imparcialidad, que da inicio a un proceso simpatético. En efecto, en Smith este encuentro imaginativo entre los sentimientos del espectador y el agente va todavía más allá, hasta llegar a un intercambio imaginativo. Así pues, no sólo buscamos comprender y acompañar al otro en sus sentimientos, sino que –a la vez– buscamos que los demás solidaricen también con los nuestros. Es decir, el proceso simpatético no es unidireccional, sino recíproco: yo simpatizo contigo porque eso me produce placer, pero también espero que tú simpatices conmigo porque no hay mayor placer que el de la “simpatía mutua” (Smith, 1997, p. 57). De modo que no solo nos dolemos cuando no simpatizan con nuestros sentimientos sino también cuando no podemos simpatizar, incluso “nos puede poner de mal humor el que alguien a nuestro lado ría con una broma de forma más sonora y prolongada de lo que creemos que la broma merece, es decir, de lo que pensamos que nos podríamos reír nosotros” (Smith, 1997, p. 60). Situaciones como estas nos afectan porque nos privan del placer de la simpatía mutua.<sup>4</sup>

Ahora bien, ese natural deseo de simpatía mutua no basta para que efectivamente se dé. Hace falta un “proceso simpatético” donde agente y espectador acomoden mutuamente sus sentimientos, hasta alcanzar una coincidencia placentera. “Para dar lugar a dicha concordancia, así como la naturaleza enseña a los espectadores a asumir las circunstancias de la persona protagonista, también instruye a esta última para que asuma las de los espectadores” (Smith, 1997, p. 71). La naturaleza nos

---

<sup>4</sup> Es principalmente en esta etapa donde Smith se aleja claramente de sus contemporáneos empiristas en cuanto al concepto de simpatía y la caracteriza como un principio bidireccional (Carrasco, 2009, p. 86).

provee de esta inclinación, al mismo tiempo que nos esforzamos por llevarla a cabo mediante un ejercicio conjunto de apropiación de las circunstancias del otro, para llegar finalmente a esa concordancia.

Hasta aquí podríamos decir que las características que tiene el concepto de simpatía en Smith son cinco: (1) es una tendencia psicológica que brota naturalmente en el encuentro con otro ser humano; (2) implica acompañar al otro en cualquier pasión (no solo simpatizamos cuando compadecemos a los demás, sino también cuando los felicitamos y nos alegramos con ellos); (3) el elemento clave para poder simpatizar es la imaginación porque a través de sus representaciones descubrimos qué sentimientos tendríamos nosotros en la posición del agente y solo desde ahí es cómo finalmente aprobamos o desaprobamos su conducta; (4) así entonces, simpatizar no depende de los sentimientos actuales (como sería en la simpatía por “contagio”) sino de los que nosotros imaginamos serían los sentimientos adecuados; (5) A medida en que vamos desarrollando esta capacidad, el proceso adquiere mayor complejidad y se vuelve bidireccional, dando lugar a la simpatía mutua.

### **III. Simpatía y juicio moral**

La simpatía en la ética smithiana no solo enriquece nuestra manera de relacionarnos con los demás, sino que, como hemos visto, lleva consigo una evaluación: aprobamos o desaprobamos los sentimientos de los otros. En este sentido, podemos decir que en ella radica el germen de nuestro desarrollo moral. Por un lado, sólo a través de la simpatía podemos acceder en cierto grado a los motivos del agente y, por tanto, hacer un juicio moral.<sup>5</sup> Por otro lado, gracias a que facilita los juicios morales promueve la corrección de la conducta, pues, si nuestras acciones no fueran evaluadas inmediatamente por nuestros iguales, no reaccionaríamos instantáneamente para modificarlas. En esto Smith se aleja bastante de Hume, pues como explica Fleischacker, para este último “la simpatía nos

---

<sup>5</sup> Dentro del análisis de Smith hemos de entender motivos no como intenciones, sino como afectos que movieron al agente a actuar de una determinada manera. D. D. Raphael critica a Smith en este aspecto, por centrar la evaluación moral exclusivamente en los motivos del agente, sin prestar atención a la intención y a las consecuencias de las acciones. En este sentido, piensa que unir el juicio moral a la simpatía limita al juicio moral porque lo circunscribe solo a una parte del juicio (2007, p. 25). Sin embargo, nos parece que Smith, cuando habla de motivos, especialmente de la persona virtuosa, se refiere a una combinación entre afectos, intenciones y raciocinios, aunque lo que prima a la hora de hacer el juicio moral son los sentimientos morales.



pone en la posición de sentir la aprobación moral pero no es la que constituye dicha aprobación” (2012, p. 275).<sup>6</sup>

Veamos ahora cómo es que la simpatía facilita –o, mejor dicho, posibilita– los juicios morales. Cuando realizamos un juicio moral, no juzgamos solo hechos, sino agentes que protagonizan esos hechos. Las acciones no se pueden juzgar bajo este aspecto con independencia de los motivos del agente, pues sin perjuicio del acto en sí, lo fundamental desde el punto de vista moral es el ámbito interno de la acción, los sentimientos que movieron a realizarla (Smith, 1997, p. 160)<sup>7</sup>. Así entonces, si esta parte es la que más interesa, es a través de la simpatía cómo logramos adentrarnos en la interioridad del agente para evaluar sus acciones desde el punto de vista que afecta principalmente la moralidad. Si simpatizamos con los sentimientos que motivaron su acción, la aprobamos, si no simpatizamos, la reprobamos. En este sentido, no aprobamos o desaprobamos razones o acciones aisladas, aunque eso constituya la “materia” de lo que se juzga, sino los sentimientos que las motivaron, pues, tal como afirma Smith “toda acción procede de los sentimientos” (Smith, 1997, p. 160). De hecho, así es como lo vivimos en la práctica: frente a una situación que nos parece incorrecta experimentamos un sentimiento de rechazo hacia los sentimientos que suponemos la motivaron; no logramos identificarnos con ellos.

De este modo, entonces, no es posible enjuiciar moralmente las acciones como hechos aislados, desde una perspectiva puramente teórica: juzgamos agentes que realizan esas acciones. Asimismo, tampoco hacemos esto dejando de lado nuestra naturaleza psíquica y física; de alguna manera (ya sea como agentes o espectadores) estamos involucrados en ellas y, por tanto, nos afectan en todas nuestras dimensiones. Por eso la simpatía ocupa un papel fundamental en la posibilidad del juicio moral, pues en ella se da una conexión intersubjetiva lo más completa posible para poder hacer un juicio. En esa suerte de identificación es donde convergen tanto aspectos racionales, como psíquicos y físicos, y se proporciona toda la información necesaria para que finalmente el espectador imparcial pueda hacer bien su trabajo y acertar en el juicio. Desde la perspectiva de la racionalidad práctica (la razón como guía de la acción), se podría decir que en la simpatía se encuentran

---

<sup>6</sup> “Una teoría del juicio moral basada en los sentimientos de los espectadores se encuentra en tres filósofos escoceses, Hutcheson, Hume y Adam Smith, siendo los tres empiristas. En la historia de la filosofía moral británica, las teorías racionalistas del juicio moral comienzan desde el punto de vista del agente moral” (Raphael, 2007, p. 27). Lo original en Smith, como veremos, es traspasar el espectador externo a uno interno.

<sup>7</sup> Cuando se evalúan las acciones principalmente desde un punto de vista externo, estamos juzgándolas desde un punto de vista legal, como bien explica Kant en su *Metafísica de las costumbres* (1989).

---

naturalmente la razón teórica (universal) y las particularidades del contexto (Carrasco, 2004, p. 91), conexión imprescindible bajo la cual opera el juicio moral.

En síntesis, podemos decir que el juicio viene como consecuencia del proceso simpatético, porque la simpatía en Smith lleva consigo una evaluación de la conducta: apruebo y simpatizo, o desapruuebo y no simpatizo. “En efecto, para Smith hay una conexión lógica entre simpatizar y juzgar, ya que todo sentimiento simpatético da lugar a un juicio de aprobación o desaprobación de modo necesario” (Elton, 2002, p. 28). Esto es, cuando simpatizamos determinamos si existe una proporción adecuada entre la causa y el sentimiento que suscita, seguido del acto de identificación o no identificación, de modo que no parece plausible que el simpatizar sea un ejercicio neutral desde el punto de vista del juicio. Por otro lado, es razonable que sea así, pues ¿cuál sería el motivo por el que simpatizamos si no es para encontrar esa correspondencia de sentimientos? Y, en este sentido, ¿cómo podríamos juzgar acertadamente si no intentamos ponernos en el lugar del otro? Así, entonces, si no contáramos con la capacidad innata de simpatizar, tampoco podríamos juzgar acertadamente.

Si tomamos una imagen, podríamos decir que la simpatía es la “puerta” que nos permite cruzar hacia la situación interna del agente y hacernos cargo de los motivos (sentimientos) de su actuar. Esto es posible gracias a una naturaleza psicológica común, sin la cual no podríamos aproximarnos a esa interioridad de un modo adecuado. Aunque, tal como aclara Smith, este intercambio imaginativo nunca será perfecto, pues “los seres humanos nunca conciben el grado de pasión que naturalmente anima a la persona principalmente interesada [...] la conciencia secreta de que el cambio de situaciones del que surge el sentimiento de simpatía es simple imaginación no sólo lo atenúa en intensidad, sino que además en cierto sentido modifica su carácter y lo vuelve algo bastante diferente” (Smith, 1997, p. 70). Sin embargo, nos conformamos con un grado aceptable de simpatía para vivir armónicamente. Lo que no concebimos es que ella no se dé.

Ahora bien, es importante observar qué situaciones son objeto de juicio moral. Pues, hay temas en los que, a pesar de no coincidir en la opinión, esa discordancia no afecta nuestros sentimientos y podemos mantener una conversación tranquilamente con un mínimo de moderación: si yo considero que tal cuadro es una obra maestra, y otra persona piensa que no, mis afectos hacia ella pueden mantenerse iguales, porque entiendo que no es necesaria una concordancia de sensibilidades en este aspecto. No hay ahí, por tanto, un juicio moral. “Pero la cuestión es muy dispar en lo tocante a aquellos objetos que a usted y a mí nos afectan especialmente [...] si usted no tiene conmiseración ante las

adversidades que me acosan [...] entonces ya no podremos conversar sobre esas cuestiones. Nos volveremos recíprocamente intolerables” (Smith, 1997, p. 69). Como se ve, hay todo un ámbito de cuestiones opinables, donde también se dan procesos de simpatía, pero el juicio que surge a partir de éstos no es de carácter moral, pues tales posturas no están relacionadas con la corrección o incorrección de la conducta. De modo que cada uno puede mantener su propia opinión, sin necesidad de esforzarse por llegar a un punto de concordancia. No es así cuando se trata de un objeto que nos afecta directamente porque, como veremos más adelante, debido a nuestra igualdad somos moralmente responsables unos de otros.

En resumen, podríamos decir que el juicio moral en Smith se realiza a través de la simpatía y corresponde a la expresión de los sentimientos simpatéticos que dan lugar a la aprobación o desaprobación. A continuación, veremos cómo dicha aprobación (o no) se rige mediante la simpatía (o no) con el espectador imparcial.

#### **IV. Simpatía y espectador imparcial**

Hemos visto, entonces, cómo nuestra naturaleza social nos instruye en una necesidad de aprobación del otro. Ahora bien, para que esa aprobación o desaprobación no sea presa de subjetividades y logre ser *justa* desde el punto de vista moral, Smith introduce una tercera posición que, gracias a los innumerables procesos simpatéticos, se ha ido acomodando en nuestro interior hasta lograr una distancia, tanto del juicio externo, como del interno-subjetivo. Esta tercera posición es la que Smith llama “espectador imparcial” (Smith, 1997, p. 244).

Con esta figura, Smith se adentra en el ámbito de la conciencia, lo cual no deja de ser una tarea compleja para un empirista, pues requiere analizar el aspecto interno (no visible) de la acción, sin transformarse en racionalista, sino siempre a partir de la experiencia. Esto es posible porque en el espectador imparcial se combinan elementos psicológicos, afectivos y racionales. A esto se suma que, para Smith, este juez interno es también “voz divina” y, en este sentido, tiene –de alguna manera– una conexión con el autor de la naturaleza (Smith, 1997, pp. 292-293).

La primera vez que Smith llama a este espectador “imparcial” es cuando alude al deseo que tiene todo hombre de ser no solo amado, sino amable, es decir, “objeto natural y apropiado para el amor” (Smith, 1997, p. 244); en otras palabras, a ser dignos de amor. En efecto, gracias a este principio interno, podemos identificar los motivos por los cuales obramos y es ahí donde se produce la

distinción entre el que es virtuoso y el que no. Así pues, el hecho de darle el adjetivo “imparcial” al espectador dentro de esta explicación deja entrever la “misión” que esta figura tiene en el desarrollo moral smithiano, pues él se encargará de guiarnos en la corrección más profunda de nuestra conducta, hasta que lleguemos a actuar según los motivos correctos, es decir, de acuerdo con los sentimientos del espectador imparcial.

No se pretende aquí ahondar en esta figura, sino destacar que, a nuestro juicio, la simpatía es su condición de posibilidad. Si retrocedemos al origen de los estudios morales de Smith, no aparece allí una idea de espectador imparcial y, en la primera edición, aunque aparece descrito, Smith no lo caracteriza todavía por medio de esta imagen (Raphael, 2007, pp. 32-36). Es en la segunda edición donde explica con claridad que “cuando abordo el examen de mi propia conducta [...], es evidente que en todos esos casos yo me *desdoble* en dos personas” (Smith, 1997, p. 224, cursiva añadida).<sup>8</sup> Esto nos ayuda a ver cómo Smith perfiló con el tiempo esta imagen que, lejos de ser arbitraria, nos parece que representa con exactitud su propósito. En efecto, a pesar de ser una figura imaginaria, no debe entenderse al modo de una fantasía carente de valor y, por tanto, susceptible de ser desechada o reemplazada fácilmente por otra. Nos parece posible sostener que en ella queda plasmada la unión intrínseca –si se puede hablar así– entre la simpatía y la capacidad de juzgar, pues el hecho de que este espectador imaginario sea construido a semejanza de un espectador humano hace que funcione con los mismos mecanismos de juicio de cualquier hombre, es decir, a través de la simpatía. De modo entonces que, la imagen que utiliza Smith no es en modo alguno una herramienta pedagógica para explicar el funcionamiento moral, sino que va más allá: sugiere, en nuestra opinión, que la simpatía es condición de posibilidad del espectador imparcial. Dicho de otro modo, sobre la base del concepto de simpatía que Smith desarrolla en su teoría, no se puede desvincular la capacidad de juzgar de la capacidad de simpatizar. Si hablamos, en cambio, de simpatía por “contagio” es evidente que allí no existe un vínculo entre simpatía y juicio, pues en ese caso la simpatía no está acompañada de la imaginación. En esta línea, para D. D. Raphael, la imaginación está incluso más vinculada con la formación del juicio moral que la simpatía, pues es necesaria tanto para el ejercicio de aprobación como desaprobarción (2007, pp. 14-15). Sin embargo, aunque la imaginación juega un papel

---

<sup>8</sup> Ya Platón se refirió al pensamiento como diálogo, específicamente en el *Teeteto* explica a través de Sócrates que el alma cuando piensa dialoga consigo misma (1988). Quizá podemos afirmar que, de alguna manera, el espectador imparcial de Smith sigue esta tradición.

fundamental, nos parece que es auxiliar con respecto a la simpatía o no simpatía, que finalmente tiene el protagonismo en el juicio moral.

Así pues, por su cualidad simpatética, este hombre interior no es un espectador al estilo de quien observa un bello paisaje, sino que es un espectador comprometido con aquello que observa. No puede contemplar y mantenerse al margen, sino que es llevado naturalmente por su imaginación a vincularse con el agente y la situación lo más completamente posible, debe “procurar en todo lo que pueda ponerse en el lugar del otro, y asumir hasta las mínimas circunstancias de infelicidad que puedan afectar al paciente. Debe adoptar la posición completa de su compañero, hasta en sus incidencias más insignificantes, y esforzarse para que ese imaginario cambio de posiciones sobre el que se funda su simpatía sea lo más perfecto posible” (Smith, 1997, pp. 69-70). Así, él es capaz de hacerse cargo de los motivos del agente como si fuera él mismo el que realiza la acción. Solo desde ahí está autorizado para dar su veredicto: el juicio moral.

### **Reflexiones finales**

En las secciones anteriores hemos intentado mostrar cómo Smith llega a sostener la tesis de la simpatía como mecanismo de juicio moral. Si dicha tesis es plausible, quisiéramos ofrecer ahora dos reflexiones que resultan especialmente interesantes.

En primer lugar, el hecho de enraizar la conciencia moral en el proceso simpatético permite a Smith proponer una ética *realista*, en el sentido de ser una ética adecuada al tipo de ser que somos. En ella tienen lugar tanto nuestras tendencias naturales innatas –como el deseo de simpatía– como una idea de perfección moral que el hombre virtuoso se esfuerza por alcanzar día tras día. Así pues, en la *Teoría*, aunque la razón es la que dirige y encauza nuestros sentimientos, estos últimos juegan un papel muy importante en nuestra conducta (“toda acción procede de nuestros afectos”) y en la medida en que vayan concordando con los sentimientos morales del espectador imparcial, podremos reconocer adecuadamente el bien (lo que es adecuado sentir frente a tal circunstancia) de manera espontánea, porque a través de ellos tenemos las primeras percepciones del bien y del mal. Tal como afirma Smith: “la razón no puede hacer que un objeto concreto sea por sí mismo agradable o desagradable para la mente” (Smith, 1997, p. 542). De modo que, una vez que nuestros afectos sean moderados por el espectador imparcial, llegan a ser sentimientos de segundo orden, sentimientos morales, guía

apropiada para una conducta virtuosa, aunque lógicamente carezcan del rigor propio de los principios científicos.

En segundo lugar, podemos destacar especialmente el *carácter intersubjetivo* de la ética de Smith. Recordemos que el espectador imparcial, que es la figura central del desarrollo moral, aparece gracias a los encuentros que tenemos con los demás. Así pues, es una ética que emerge desde abajo, no como una imposición externa o desde una idea trascendental, sino desde “la vida misma”, porque surge de las relaciones humanas que se dan necesariamente en cualquier cultura posible.

## Referencias

- Smith, A. (1982). *A Theory of Moral Sentiments* (Raphael, D.D. & Macfie, A.L, eds.). Indianapolis, Estados Unidos: Liberty Fund Press. (Trabajo original publicado en 1790).
- Smith, A. (1997). *Teoría de los sentimientos morales* (trad. C. Rodríguez). Madrid, España: Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1790).
- Smith, A. (1981). *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (R. H. Campbell y A. S. Skinner, eds.). Indianapolis, Estados Unidos: Liberty Fund Press. (Trabajo original publicado en 1776).
- Birch, D. (2009). *The Oxford companion to English literature* (7 ed.). Oxford, Inglaterra: Oxford University Press.
- Carrasco, M. A. (2009). “De Hutcheson a Smith: un sentimentalismo ‘sofisticado’”. *Revista de Filosofía*, vol. 65, 81-96. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-43602009000100005>.
- Carrasco, M. A. (Septiembre 2004). “Adam’s Smith Reconstruction of practical reason”. *The Review of Metaphysics*, vol. 58, 81-116.
- Elton, M. (2002). “La simpatía como causa de los juicios morales en Adam Smith”. *PHILOSOPHICA*, no. 24/25, 25-50.
- Fleischacker, S. (2012). “Sympathy in Hume and Smith: A Contrast, Critique and Reconstruction”. *Intersubjectivity and Objectivity in Adam Smith and Edmund Husserl*. C. Fricke y D. Follesdal (comps.). Alemania: Ontos Verlag, 273–311.
- Hume, D. (1896). *A Treatise Of Human Nature*, (ed. Selby-Bigge). Oxford, Inglaterra: Clarendon Press, (Trabajo original publicado en 1739).
- Hutcheson, F. (2004). *An Inquiry into the Original of our Ideas of Beauty and Virtue*, (ed. Leidhold, Wolfgang). Indianapolis, Estados Unidos: Liberty Fund (Trabajo original publicado en 1725).

- Kant, I. (1989). *La metafísica de las costumbres* (trad. A. Cortina y J. Conill). Madrid, España: Tecnos. (Trabajo original publicado en 1797).
- Montes, L. (2004). *Adam Smith in Context*. Londres, Inglaterra: Palgrave Macmillan.
- Platón. (1988). *Diálogos V* (trad. I. Santa Cruz, A. Vallejo y N. Cordero). Madrid, España: Gredos.
- Raphael, D. (2007). *The Impartial Spectator: Adam Smith's Moral Philosophy*. Oxford, Inglaterra: Oxford Scholarship Online.